**INTRODUCCIÓN**

Gracias a las aportaciones que muchos habéis hecho a través de los cuestionarios, vemos que es necesario superar situaciones e ideas ambiguas. Y eso se hace profundizando en términos que usamos a menudo pero a los que cada uno le damos un sentido distinto y no siempre acorde con nuestra fe.

Por la inercia de lo inmediato, seguimos alimentando dinámicas que no vienen de nuestra tradición más genuina. Algunos vivimos sobrecargados de encomiendas y la mayoría apenas ve el modo de participar e implicarse en el don y la tarea del Evangelio. Así, muchos no os sentís escuchados o tenidos en cuenta. Y nos vemos formando parte de una estructura que no facilita el diálogo. La Iglesia parece a veces más una institución que un movimiento.

Los mayores añoráis el tiempo en que la diócesis vivió con esperanza la renovación del sínodo. Por eso, el desarrollo del plan de pastoral es una buena ocasión para abordar a fondo el sentido genuino de este término, *sinodalidad*, y llevarlo a nuestra vida comunitaria.

Los esquemas del mundo no bastan para entender la dinámica de esa vida comunitaria. Decir que la Iglesia es jerárquica, no significa que el poder se concentra ante todo en una casta especial y cerrada. Significa que quien encabeza la Iglesia es Jesús, y que en el ministerio pastoral se concreta y articula la presencia de Jesús Pastor, Siervo y Cabeza. La Iglesia no es ni monárquica ni democrática. La Iglesia es una familia en la que sus miembros se ayudan unos a otros a crecer en la llamada que Dios les ha dispensado.

El tesoro del amor de Dios es un don que los creyentes acogemos con agradecimiento. Esa verdad acogida, requiere un discernimiento espiritual y pastoral. Orar y escuchar a los pastores, para tener una visión lúcida de lo que Dios nos pide. La asamblea (*Ekklesía*) no es una realidad asamblearia. En el asamblearismo no hay una dirección, un hacia dónde y no pocas veces, se impone el criterio de una minoría. En la asamblea creyente, la meta es nítida: crecer en la comunión y trabajar por el Reino de Dios para que el mundo crea.

La Iglesia es un caminar juntos (sínodo) donde todos tenemos nuestra tarea y lugar (corresponsabilidad). Esa sinodalidad sólo es posible en el seno de la Iglesia, pues el Señor habla, y todos escuchamos y dialogamos sobre cómo vivir esa palabra, de tal modo que lo que cada uno ve es tenido en cuenta y ayuda a crecer.

**UNA MIRADA AL INTERIOR DE LA COMUNIDAD:**

**CORRESPONSABLES**

**VIVIR ES AGRADECER**

Dios nos ama con un amor gratuito, y Jesús nos ha enseñado que toda nuestra vida es acción de gracias (Eucaristía). En esa gratitud por la gratuidad de los dones (pues todo es don de Dios) encontramos el ardor que lleva a vivir la generosidad en el discipulado y la misión. Providencialmente, es este también el único modo de vivir y comunicar la comunión que es la esencia de la Iglesia. Esta comunión se vive y edifica cuando uno pone a disposición de los demás los dones y talentos – muchas veces escondidos y que hay que descubrir- que Dios regala a cada uno. Pero sufrimos todavía un desequilibrio patente en los miembros de la Iglesia.

Unos agobiados por cargas excesivas, y los más, aquejados de una pasividad tan inexplicable como nociva. “Sin duda, no basta la entrega generosa del sacerdote y de las comunidades de religiosos. Se requiere que todos los laicos se sientan corresponsables en la formación de los discípulos y en la misión” (Aparecida 202). Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión requiere renovar la parroquia para que sea una red de comunidades y de grupos, capaces de articularse logrando que sus miembros se sientan y sean realmente discípulos y misioneros de Jesucristo en comunión.

Por otra parte, ha habido un déficit en la presentación de la vida cristiana. El Catecismo habla de la nueva vida en Cristo, pero la orientación ha sido más bien estoica. Tradicionalmente hemos puesto mucho énfasis en la erradicación del pecado contraponiendo su maldad a la bondad infinita de Dios, fijándonos en la ofensa que supone el pecado ante el amor misericordioso que Dios nos tiene y que nos ha manifestado de modo eminente en su Hijo Jesucristo, considerando lo que implica el rechazo a la obra redentora de Cristo. De este modo hemos puesto el énfasis en la obligación que tenemos para con Dios, como si amar a Dios fuera principalmente un deber.

También se nos ha animado a luchar contra el pecado considerando sus consecuencias funestas, sobre todo la condenación eterna que podría conllevar. Así hemos recurrido al miedo como incentivo, si bien aclarando que la correspondencia al amor de Dios por miedo es un amor muy imperfecto. Hemos insistido en que hay que “cumplir” el mandamiento del amor (amar a Dios y al prójimo) como si fuera algo que arrancara de nosotros, cuando en realidad nuestro amor es correspondencia al amor fiel de Dios que nos amó y nos ama siempre primero y cuyo amor es requisito y posibilidad del nuestro: “Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso nosotros podemos corresponder también con el amor” (Benedicto XVI, *Deus Caritas Est* 17)

Es muy importante que demos el paso desde un vivir en mínimos, huyendo del castigo y sin poder salir del miedo, hacia una existencia agradecida a todo lo que Dios ha hecho por nosotros, y a ese Dios que nos invita a colaborar con su misión para participar de su misterio y su destino. Fijarnos por tanto en los dones, que nos hacen ser lo que somos y tener lo que tenemos, y en el amor de Dios que nos manifiestan es mucho más estimulante que fijarnos en nuestro pecado, que es en definitiva, una falta de correspondencia a los dones de Dios. Fijarnos en los dones es fijarnos en Dios, Dador de todos los dones y quien es también el Don sobre todo don.

Proponemos la gratitud como motivación para vivir con generosidad el amor, es decir, el entregar con generosidad los dones según la intención y el estilo de Dios. La gratitud es constante, a condición de que no nos cerremos a reconocer los dones, porque el flujo de dones no depende de nosotros sino de Dios que es fiel. Aprendiendo y viviendo esto en la Iglesia haremos de ella la casa y la escuela de la comunión, pues en la reciprocidad del amor se hace presente Dios que es comunión.

Dios le muestra a cada discípulo cómo desea que maneje Sus dones. Bajo la guía del Espíritu Santo el cristiano corresponsable recibe los dones de Dios con gratitud, los aprecia y los cuida de manera responsable y moderada, los comparte en justicia y amor con los demás, y se los devuelve al Señor con creces. Los dones de Dios nunca son para el uso exclusivo del que los recibe; son para ser entregados en proporción a lo que se recibe de Dios. “Que cada cual ponga al servicio de los demás la gracia que ha recibido, como buenos administradores de las diversas gracias de Dios” (1 Pe 4, 10). La entrega de tiempo, talento y tesoro se da en nuestras familias, pueblos, lugares de trabajo y comunidades de fe: en cualquier lugar donde haya personas que amar y servir.

**SER AGRADECIDOS HACE SER CORRESPONSABLES**

**La corresponsabilidad es la respuesta del discípulo agradecido**, de aquel que reconoce que de Dios son el tiempo, talento y tesoro que Dios, por puro amor, nos ha regalado. El plan de pastoral de nuestra diócesis es una invitación de Dios para salir de inercias y de la ley de mínimos, para hacer entre todos un nuevo estilo de vida, centrado en la Eucaristía (Acción de gracias).

En adelante, no es suficiente ser responsables en un sentido individual, sino corresponsables en un sentido comunitario y teologal. Porque cambia:

1. El motivo por el cual comparto con otros. En vez de dar porque veo la necesidad de aquel a quien ayudo, doy porque necesito demostrar mi gratitud a Dios por todo lo que Él nos ha regalado sin “merecerlo”.
2. Del dar lo que me sobra o porque me siento obligado, paso a dar lo mejor libre y generosamente, porque forma parte de mi vida de creyente.
3. Profundizo mi fe y crezco al convertirse toda mi vida en una acción de gracias a Dios.
4. Continuamente transparento a Jesús a través del servicio al hermano.

La escala de valores queda así permanentemente revisada, en un estilo de vida más libre y sobrio, más auténtico y fraterno que nos saca de la corriente del materialismo, consumismo y hedonismo. La comunidad cristiana va siendo sanada de raíz cuando nuestra clave de vida es ésta, y a la comunidad no le faltarán en adelante las vocaciones, ministerios y servicios que precisa para su vida interna y para su proyección al mundo y a la misión.

**UN CUENTO:**

**Cierto día un hombre santo estaba teniendo una conversación con el Señor y dijo: " Señor, me gustaría saber como son el Cielo y el Infierno. "**

**El Señor llevó al hombre santo hacia dos puertas. Él abrió una de las puertas y el hombre santo miró dentro y en medio del cuarto había una gran mesa redonda. En medio de la mesa había una gran olla de guisado que olía tan delicioso que hizo agua la boca del hombre santo. La gente sentada alrededor de la mesa estaba delgada y enferma y parecían hambrientos. Ellos estaban sosteniendo cucharas con mangos muy largos que estaban atados a sus brazos, así que cada uno fue capaz de meter la mano en el pote de guisado y tomar una cucharada, pero por causa que el mango era más largo que sus brazos, no podían poner las cucharas dentro de sus bocas. El hombre santo se estremeció ante semejante cuadro de miseria y sufrimiento. El Señor le dijo: "Has visto el Infierno".**

**Luego fueron y abrieron la siguiente puerta. Era exactamente igual como el primer cuarto. Había una gran mesa redonda con el gran puchero de guisado que hizo agua la boca del hombre santo. La gente estaba equipada con las mismas cucharas de mangos largos, pero aquí la gente estaba bien alimentada y llena de salud, riéndose y hablando. El hombre santo dijo: ¡No entiendo........! "Es simple" dijo el Señor: "Esto requiere de una habilidad....... Mira: Ellos han aprendido a alimentarse el uno al otro, mientras que los avaros piensan solamente en ellos mismos".**

**Reflexión:**

**El verdadero sentido del amor es dar.**

**Jesús murió para darte todo... por amor.**

**Antes de pensar: "Señor... ¿qué tienes para mi vida el día de hoy?"**

**Preguntémosle: "Padre... ¿qué puedo dar a otros de lo mucho que ya me has dado?**

**UN PUEBLO QUE CAMINA UNIDO:**

**SINODALIDAD**

El Papa Francisco en el marco del Sínodo dedicado a la familia afirmaba: “la *sinodalidad* es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio”. Nuestras diócesis, entre incertidumbres y esperanzas, están moviéndose hacia ese estilo de vida y misión. Y, ¿qué quiere decir *sínodo*? El término *(Syn-hodos*) significa: *caminar-con*, **caminar juntos**, compañeros de camino. Los cristianos son “los que siguen el camino” (Hch 14,22). Su raíz más honda se encuentra en el mismo Jesús que ha dicho “Yo soy el camino” (Jn 14,6). Ser discípulos y seguir el camino tras las huellas de Jesús son equivalentes. Pedro presenta a la Iglesia como una asamblea de peregrinos que avanzan hacia su patria definitiva (1 Pe 1,3-4; 2,11).

*Caminar-con* supone siempre un “*nosotros*” que comparte un objetivo común. Y un dinamismo que mantiene en movimiento esa colectividad. Es una comunión dinámica. Un Pueblo que camina. La raíz más profunda de la sinodalidad es la comunión. Ahora bien, la comunión es dinámica, concreta y plural. La comunión en lo concreto de la Iglesia debe conjugar el papel y el protagonismo peculiar de ***todos*** (el conjunto de los bautizados), de ***algunos***(que llevan a cabo ministerios o servicios diversos) y de ***uno*** (que preside y que por ello expresa y garantiza la unidad).

La Iglesia es, en Cristo Jesús, comunión de iguales con funciones diversas.

(Recordamos la catequesis sobre la Comunión)

Para satisfacer las necesidades de la Iglesia y como expresión de la abundante riqueza de la gracia, el Espíritu reparte carismas o dones (cfr. LG 12). La sinodalidad expresa y hace posible la interacción de esta pluralidad y diversidad, con el objetivo de que la comunión se realice en este mundo.

El sujeto de la misión es todo el Pueblo de Dios. Hay en la Iglesia unidad de misión, pero diversidad de servicios y funciones. La diversidad se enraíza en el misterio de la Iglesia como Cuerpo de Cristo, en el que cada miembro tiene una función (cfr. LG 7). Ningún miembro es todo el cuerpo y todos son necesarios. Cuando se habla de distinciones en la Iglesia, la dinámica del discurso debe ser esta: unidad-distinción-comunión. Sólo así se capta la complementariedad de todas ellas. La comunión eclesial es comunión “orgánica”, análoga a la de un cuerpo vivo y operante (San Juan Pablo II).

La Eucaristía tiene que ser celebrada para que exista el “*nosotros*” eclesial. No sólo se puede decir que la Iglesia “*hace*” la Eucaristía sino que con la misma razón hay que afirmar que la Eucaristía “*hace*” la Iglesia. Sólo en virtud de la Eucaristía el Pueblo de Dios es también el Cuerpo de Cristo. Cristo, en el pan y el vino, se ofrece a los cristianos reunidos, que participando de ellos entran en una comunión que no es meramente natural o humana: no sólo “formamos un solo cuerpo” (1 Cor 10, 17) sino que formamos el “cuerpo de Cristo y cada uno por su parte es un miembro” (1 Cor 12, 27). Somos parte viva y activa que dinamiza el organismo mediante sus carismas y actividades. La asamblea reunida se convierte en Cuerpo de Cristo en el mundo.

**SACERDOCIO BAUTISMAL Y MINISTERIAL**

Gracias al **bautismo** todo cristiano está dotado de la **máxima dignidad**. La igualdad, la dignidad, la actividad compartida, se basa en la condición sacerdotal de todo bautizado (Ap 1,6; cfr. 5,9-10). El sacerdocio real, que es participación en el sacerdocio de Cristo (LG 10), convierte la existencia entera en mediación para la salvación del mundo y en testimonio de la comunión trinitaria. Ningún bautizado está destinado a una situación pasiva o puramente receptiva.

La Iglesia es toda ella pueblo sacerdotal. El sacerdocio de la Iglesia se constituye como tal según una doble modalidad: como **sacerdocio común** de los fieles y como **sacerdocio ministerial** (cfr. LG 10), que hace, de la Iglesia la “comunidad sacerdotal de índole sagrada y orgánicamente estructurada” (LG 11). El sacerdocio del Pueblo de Dios brota y se vive en plenitud en la relación entre el sacerdocio común y el ministerial, no de uno de ellos por separado.

El **sacerdocio común** de los fieles es una realidad *cultual*, *profética* y *regia*. En su aspecto ***cultual***, se despliega como **ofrecimiento a Dios de la propia vida** como alabanza continúa en el Espíritu Santo, y no se reduce a los actos rituales, sino que abarca todos los aspectos de la existencia. El sacerdocio común abarca también todas las formas ***proféticas*** del **anuncio de Cristo** (1 Cor 14). Y toda la actividad ***regia*** del cristiano ordenada a la **configuración del mundo** según el Espíritu de Cristo.

El **sacerdocio ministerial** es la **representación sacramental** **de Cristo** en medio y ante los fieles como Cabeza de su Cuerpo; es el signo e instrumento de la presencia del **Pastor que instruye, santifica y gobierna a su Pueblo**. La necesidad de fieles y pastores es recíproca (LG 30).La misión no es exclusiva de unos ministros a los que “auxilian” los fieles. Son los pastores más bien los auxiliadores de los demás fieles, los cuales a su vez, no pueden prescindir del servicio ministerial. Todo está ordenado a la misión que consiste en anunciar y ofrecer la acción salvífica de Cristo.

El Obispo presidiendo la Eucaristía es el ***uno*** que desempeña un ministerio especial. Y ello no sólo no oscurece el protagonismo de ***todos* (pueblo)** y la actividad de ***algunos* (presbíteros y diáconos),** sino que garantiza que todos actuamos como miembros de Cristo. Los muchos se descubren en el uno no por razones jurídicas sino como expresión de la comunión. Allí donde está el Obispo también se encuentra el pueblo, igual que allí donde está Cristo está la Iglesia Católica (San Ignacio de Antioquía).

El Obispo estaba rodeado de diáconos, que realizaban funciones importantes en la vida de la Iglesia y eran parte del ministerio del obispo (sacramento de Cristo Siervo). Los presbíteros por su parte extendían la Eucaristía del Obispo a las comunidades cristianas alejadas de la Iglesia matriz, mostrando la *caridad pastoral* (sacramento de Cristo sacerdote). Existían también diversos ministerios o servicios ejercidos por personas no ordenadas que contribuirían a que la Iglesia cumpliera su misión.

En la vida eclesial todo es de todos; sin embargo no todos pueden ni deben hacer todo; en consecuencia algunos (en nombre de todos y a favor de todos) asumen determinadas tareas. Hay que evitar caer en la tentación del clericalismo que vacía la sinodalidad de sentido y de contenido. El **sínodo**, es el **itinerario de muchos**, **en nombre de todos**, **en torno a uno**, el Obispo y su colegio presbiteral y diaconal.

La Iglesia católica es una Iglesia sinodal, es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que “escuchar es más que oír”… el camino sinodal comienza escuchando al Pueblo… prosigue escuchando a los Pastores… culmina en la escucha del Obispo de Roma (P Francisco). Existe una total simetría entre los bautizados, y a la vez una asimetría y alteridad entre pastores y fieles, que no separa a unos de otros, sino que distingue la función del pastor como garante de la apostolicidad de la fe, de que el Señor es quien pastorea a su pueblo.

**DELIBERAR, CONSULTAR, DECIDIR**

Este año todos los católicos de Navarra estamos entrando en un tiempo de discernimiento. Y eso no resulta fácil. En ese sentido, la función consultiva en la Iglesia no tiene el valor sociológico que recibe en el ámbito civil. La función consultiva es un testimonio de fe cuya eficacia no puede medirse en términos cuantitativos, porque su finalidad es la búsqueda de la verdad y del bien de la Iglesia. No siempre garantizadas por la sola aritmética, ha de ser verificada por la instancia indelegable del pastor. Todos, también quien disiente, hacen suyo como vinculante en conciencia lo así decidido legítimamente en común.

Todo ello no es posible sin una honda espiritualidad de comunión. La función consultiva no es una mera “ayuda” de los fieles a los pastores, sino un auténtico ejercicio del sacerdocio común y del “sentido de la fe” de los fieles. El “sentido sobrenatural de la fe de todo el pueblo” de que habla el Vaticano II (cfr. LG 12) no se identifica con la categoría sociológica de “opinión pública”. Mucho menos todavía es la suma de opiniones de los fieles contrapuestas al magisterio de los pastores. La “opinión pública” es la suma de opiniones subjetivas, al margen de la verdad de su contenido.

Nuestro plan de pastoral es una invitación por parte de Dios para buscar entre todos lo que el Espíritu ya está inspirando allá donde los discípulos, dejándolo todo, le seguimos. Será necesaria la lealtad entre los hermanos, la docilidad para con Dios, la humildad y el valor a la hora de ofrecer la luz que cada uno ha recibido.

**PARA TRABAJAR EN GRUPO**

**VEMOS LA REALIDAD:**

1. **¿Cuánto tiempo más puede seguir nuestra Diócesis y nuestras comunidades como hasta ahora?**
2. **¿Se da entre nosotros el que unos lleven demasiadas tareas y otros no pueden acceder a nada?**
3. **¿O que sólo algunos asuman responsabilidades y otros no se preocupen de nada?**

**LA LEEMOS DESDE DIOS:**

1. **¿Consideras que es ahora cuando hay que hacer algo?**
2. **¿Qué ministerios o servicios serían importantes y echas de menos?**
3. **¿Cómo cambia mi vida la corresponsabilidad?**
4. **¿Qué te aporta esta nueva visión de la Iglesia?**

**EN SU ESPÍRITU NOS COMPROMETEMOS:**

1. **¿Conoces gente dispuesta a sumarse a esta visión?**
2. **¿Qué carisma, talento, ministerio, don, descubres en ti y piensas que podrías poner al servicio de la comunidad?**
3. **¿Qué porción de mi tiempo estoy dispuesto a invertir por el Reino?**